

LA BIBLIOTECA EN LOS LIBROS INFANTILES Y JUVENILES

De buena casa, buena brasa

* ANA GARRALÓN

Preliminares

Hablemos como un libro abierto

Las bibliotecas infantiles en España han experimentado grandes cambios en los últimos años. Tanto las públicas como las escolares, y las llamadas "bibliotecas de aula", han supuesto un nuevo acercamiento del joven lector -a veces incluso del todavía no lector- hacia el mundo del libro. En ocasiones esta "modernización" ha permitido pasar de la nada, del cuarto oscuro con pocos libros, a un centro moderno y luminoso, donde el libro se codea con los nuevos soportes tecnológicos de la cultura. La biblioteca ha mejorado sus horarios, sus dotaciones, su forma de acercarse a sus destinatarios, bien directamente o a través de las escuelas. En las secciones para niños, puede decirse que los cambios han sido espectaculares.

Existe curiosidad por conocer la recepción que este cambio ha supuesto a sus teóricos usuarios, pero dado que las administraciones públicas no se caracterizan por su interés por conocer la opinión de sus beneficiarios, salvo excepciones, se puede decir que la información existente al respecto en España es nula.

La literatura dentro de la literatura ha sido siempre un espacio atractivo para el estudioso y el escritor, aunque indiferente para el lector. Sin embargo, el lector de libros infantiles, enfrentado al reto de la lectura o castigado con el ejercicio obligatorio, no tendrá ninguna consideración intelectual sobre el hecho de que su historia transcurra en un espacio "literario". Mientras que el libro está más presente en la literatura, la biblioteca no parece atraer demasiado a los

escritores. Este punto, que detallaremos a lo largo de este estudio, no es más que la punta del *iceberg* del problema que enfrentan las bibliotecas respecto a su imagen.

Las bibliotecas y los bibliotecarios se han visto obligados a modernizarse. El concepto de biblioteca como lugar de conservación y protección de patrimonio, ha dado paso al concepto de biblioteca como lugar que intenta ganarse un espacio en el ocio de los ciudadanos. Este importante paso ha comenzado por la estructura física de algunos de estos oscuros y polvorientos edificios, algo que no ha sido demasiado difícil de cambiar, y ha continuado con las actitudes de los bibliotecarios y su comportamiento ante los usuarios. Este último punto es el que más trabajo ha costado modificar. Al bibliotecario se le pide actualmente que no sólo haga su trabajo técnico como siempre, sino que, además, "anime" el espacio donde trabaja, "capte clientes" y, en definitiva, venda un producto para el que la sociedad no ha creado una necesidad. En algunas escuelas de biblioteconomía, la parte del programa dedicada a los aspectos técnicos sigue siendo la estrella de la carrera, amparada por aquella concepción de que el bibliotecario no debe necesariamente leer.

La biblioteca y el bibliotecario, pues, tienen una imagen en pleno cambio, y todavía hoy es difícil encontrar un modelo satisfactorio para todos. En una encuesta de opinión hecha a profesionales de todo el mundo, las conclusiones eran contundentes: la profesión tiene una carencia grande de imagen y las reflexiones que suscita son, por lo general, pobres, siendo baja la reputación que tienen.

De las razones que sobresalen para esta imagen negativa los autores destacan el hecho de que los propios bibliotecarios consideran que su profesión tiene un bajo estatus. La excesiva dedicación a los procesos técnicos, la diversificación en cuanto a las demandas, y que las carreras de biblioteconomía atraen estudiantes rechazados en sus verdaderas pretensiones universitarias -no han conseguido plaza en la carrera deseada-, o estudiantes que, atraídos por las escasas exigencias para ingresar, ven una manera de obtener un título universitario. Por supuesto que hay muchas diferencias entre países altamente desarrollados en materia de bibliotecas y aquellos en los que el sistema bibliotecario está desarrrollándose y, por lo tanto, están más ocupados en el propio sistema que en su imagen.

También en las bibliotecas infantiles hay grandes diferencias que no vamos a analizar en este momento. Este trabajo tiene como única finalidad hacer una primera aportación en el estudio de la imagen que de bibliotecas y bibliotecarios se ofrece en los libros para niños. La muestra incluye cuarenta y cuatro textos procedentes de las siguientes regiones idiomáticas: diez traducciones del inglés, cuatro del norteamericano, tres del francés, tres del italiano, cinco del alemán, uno del japonés y la nada desdeñable cifra de dieciocho del español (España y América Latina). Son títulos publicados en España (salvo la excepción de un inédito que se publicará próximamente) desde 1975. A través de la mirada que los autores han reflejado, pretendemos observar si han participado de los cambios de los últimos tiempos. No se han tenido en cuenta ni tebeos ni libros de texto, aunque sí libros de información. En la selección no se ha impuesto una valoración crítica del contenido literario.

No es nuestra pretensión, pues, sentar cátedra con unos resultados que serán simples aproximaciones, meras especulaciones que otros deberán continuar y completar. A la excusa por las carencias obligadas de este trabajo, cuya responsabilidad pertenece a quien escribe estas líneas, se une el agradecimiento a quienes han hecho posible esta modesta aportación. A la Asociación EDUCACIÓN Y BIBLIOTECAS, al Ministerio de Cultura y a la Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

La biblioteca como protagonista. *El que tiene capa, escapa*

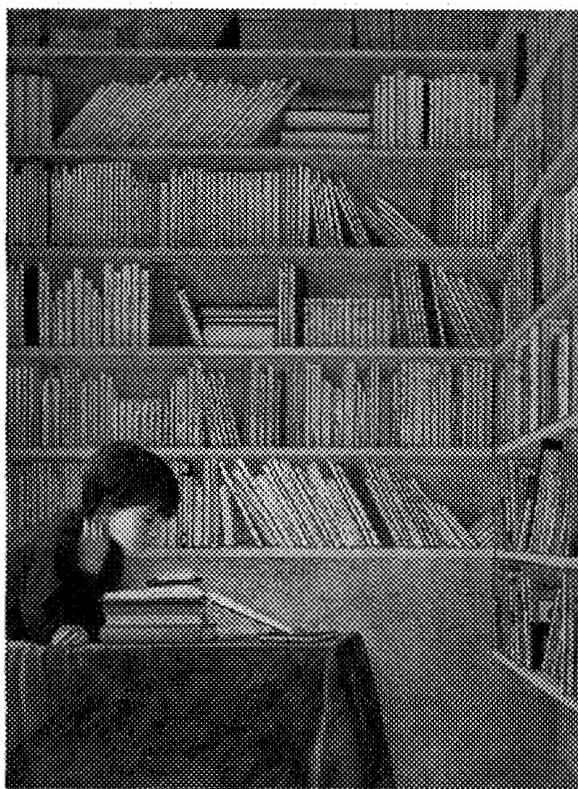
Los temas de los cuentos para niños tienen una estrecha relación con el mundo cotidiano de sus protagonistas. Salvo determinados géneros, como el fantástico o el de ciencia ficción, el escritor incluye en sus historias elementos que puedan ser reconocibles por sus potenciales lectores. La familia, la escuela, el barrio, aparecen una y otra vez ambientando las intrigas que el autor pretende desarrollar. Pensando en estos elementos que pertenecen a muchos libros para niños, será fácil suponer que la biblioteca es un espacio que el escritor o escritora integran en la narración. Sin embargo,

la conclusión es decepcionante: la biblioteca aparece de manera muy escasa como protagonista de una historia. ¿Es la biblioteca un lugar suficientemente atractivo para un escritor como para utilizarlo en una historia? A la vista de los textos, la respuesta es no. ¿Significa esto que el escritor o escritora de cuentos para niños no es usuario habitual de bibliotecas? ¿O que sus experiencias con las bibliotecas no le sirven de inspiración?

Aquellos que sí han tomado la biblioteca como espacio central, han creado bibliotecas imaginarias, con toques de extravagancia, lugares singulares que el lector no reco-

noce, recintos donde ocurren cosas inesperadas. En pocas ocasiones los escritores se permiten descripciones detalladas de los ambientes bibliotecarios.

En *Cuentos roídos* (Cano), en el titulado "Ratas de biblioteca", el problema principal que tiene la biblioteca es la falta de clientela. A pesar de los esfuerzos de la bibliotecaria, el fracaso ha sido siempre tan rotundo que el ayuntamiento ha decidido cerrarla. La biblioteca es una "alquería reformada" con una "sala de lectura" que después de su cierre se queda como "almacén de trastos inútiles y de polvo" y es invadido por las ratas, que se dan el gran festín. Cuando la antigua bibliotecaria regresa a la biblioteca para ejercer su nueva profesión -exterminadora de ratas-, se encuentra con la sorpresa de que los libros que las ratas han roído han pasado a su memoria y son capaces de recitarlos. La bibliotecaria, entonces, tiene la idea de modernizar la biblioteca con estos nuevos soportes de los textos y su modernización parece que es la solución



ALFONSO RUANO

ideal para el problema que siempre tuvo: captar clientela: "Asunción organizó una biblioteca ambulante, con sus auténticas ratas de bibliotecas. Continuamente hacen giras por todo el mundo, unas giras que tienen un gran éxito, porque la biblioteca ambulante de las ratas de biblioteca funciona como una biblioteca normal, con un servicio de préstamo y consultas y, ¿sabéis cómo es de fantástico que sea una rata la que te explique cuándo los ratoncitos de la Cenicienta fueron convertidos en espléndidos caballos? ¿O que una rata-diccionario te ayude a traducir a Andersen? Porque debéis saber que el fondo bibliográfico se ha ampliado enormemente y ya hay ratas de muchos países que forman parte de la biblioteca. Asunción las tiene organizadas por temas e idiomas con unos lazos de color en la cola y perfectamente numeradas en el dorso de la lazada. Y la verdad es que el funcionamiento no puede ser mejor"

Y si unas bibliotecas cambian para adaptarse a nuevas circunstancias, otras tienen la característica de estar en lugares especiales: "Que la calle Perros y Gatos no es una calle normal y corriente creo que ya lo habréis comprendido. Figuraos que hay hasta una biblioteca para muchachos" (Lavatelli). Y, naturalmente, por estar en una calle así es también una biblioteca especial, aunque no se explique porqué: "La biblioteca de la calle Perros y Gatos no es en absoluto una biblioteca cualquiera. Ni mucho menos. Lo demás, ya os lo podéis imaginar. La bibliotecaria tampoco es de un tipo cualquiera y los libros no son libros cualesquiera, podemos suponerlo". La biblioteca parece tener incluso características más propias de los seres vivos que de los objetos: "Nadie, en su opinión, la tomaría como la biblioteca. Es una criatura tan paciente, tan abierta, tan humana... ¿a quién le puede molestar?"

Sin embargo, este lugar en apariencia inofensivo tiene enemigos. La biblioteca es incendiada a propósito, el culpable es un tal señor Faci, y así lo define la bibliotecaria: "El propietario de una sala de juegos que hay justo en la esquina, donde se cruza la calle Perros y Gatos con la de la Merluza. Es un tipo que no me puede ni ver. Dice que le quito la clientela". Un incendio así, de consecuencias catastróficas para cualquier biblioteca, ha sido, en este caso, un buen expurgo: "Se han quemado sobre todo los más viejos, los que casi nadie leía. El fichero está intacto. Y también toda la sección de novelas de aventuras".

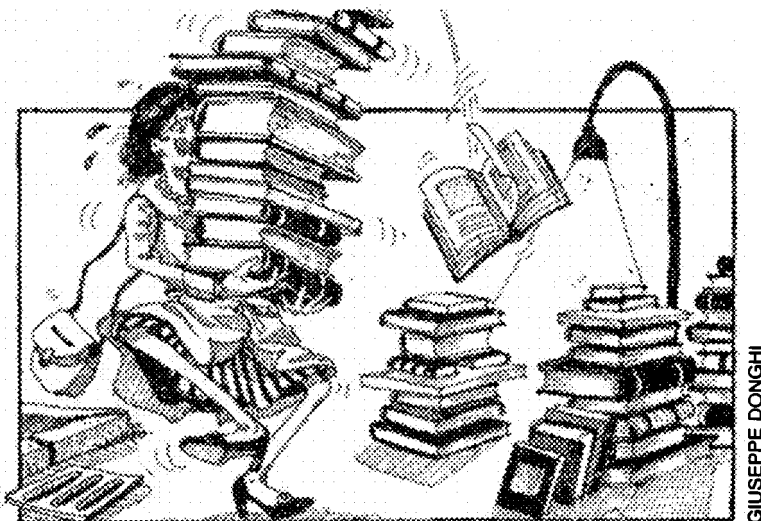
En otros cuentos, la biblioteca puede llegar a impresionar la primera vez que se accede a ella: "Aitana estaba ante la puerta de la biblioteca pública con la boca abierta por la admiración. Era un edificio grande, con una hermosa puerta adornada con ramos y flores, y había que subir algunos escalones de piedra para llegar a la puerta. Empujó con cierto temor y se encontró en el interior

de un recibidor como el de su casa, pero muy iluminado y con cuadros adornando las paredes. Sentado detrás suyo, vestido con un traje azul oscuro y muchos adornos dorados en la chaqueta" (González-Suárez).

Justamente esta biblioteca impresionante conserva los sistemas antiguos de acceso al libro. Mientras la protagonista mira embobada los libros en las estanterías, la bibliotecaria la pregunta qué busca y le dice que se siente, porque ella le llevará el libro.

Biblioteca y bibliotecaria constituyen un importante espacio en *El secuestro de la bibliotecaria* (Mahy), aunque más la bibliotecaria –secuestrada por unos bandidos que acabarán siendo sus ayudantes–. Por lo que concierne a la biblioteca, es considerada un espacio valioso cuando los secuestradores se justifican ante la bibliotecaria en el momento de su rapto: "El ayuntamiento de la ciudad pagará un generoso rescate. Todo el mundo sabe que la biblioteca no funcionará nada bien sin su bibliotecaria". A lo largo del libro, de una manera sutil, el lector irá aprendiendo cómo funciona la biblio-

teca. Las adquisiciones tienen una entrada y un número y son ordenadas en la estantería por orden alfabético –ya que el orden alfabético es una regla esencial–, y de esta manera es clasificado el bandido jefe, Bienvenido Bienhechor, cuando busca refugio en la biblioteca y la bibliotecaria lo adopta. También hace falta ser socio, como se le exige al policía que trata de "llevarse en préstamo"



GIUSEPPE DONGHI

mo" al bandido cuando lo ve en la estantería, y llevar consigo la tarjeta de lector para sacar cualquier libro de la biblioteca: "En ese caso, temo que no podrá retirar nada sin su tarjeta de lector. El Bandido-Jefe es propiedad de la biblioteca." En la biblioteca también se aceptan reservas de libros, como lo confirma la bibliotecaria, cuando regresa el policía y el bandido se ha esfumado: "¡Oh! –exclamó la bibliotecaria–. Lo lamento, pero se lo ha llevado otra persona. Debí usted haberlo reservado.

El policía miró fijamente al estante y luego a la señorita Laburnum.

–¿Puede anotar mi reserva? –preguntó tras un momento de silencio.

–Por supuesto –respondió la bibliotecaria–, aunque debo indicarle que la espera puede ser larga. Hay muchos lectores que aguardan su turno."

Por último, y dada la reconversión de los bandidos en bibliotecarios, se abre una biblioteca para niños, "en la que todos los días se leían cuentos y se representaban divertidas obras de teatro". Esta novedad, además de atraer mayor público, impresiona incluso a la bibliotecaria, que piensa que "la biblioteca para niños era un poco más fantástica y salvaje, pero también más divertida, que el resto de bibliotecas que

conocía". Pero esto no le preocupaba. No le preocupaba que todos los bibliotecarios bandidos llevaran grandes barbas negras ni que quitaran todos los letreros que ordenaban *Silencio* y *Prohibido hablar*.

También la biblioteca trata de hacerse asequible en los textos para niños. *Me gustan las bibliotecas* (Santirso) es un sencillo libro de aproximación a la biblioteca. Ésta se presenta como una gran ciudad donde sus calles, plazas y ríos representan las distintas áreas del saber. Es una biblioteca abierta, donde los usuarios pueden acceder directamente a los libros y elegir el que más les guste y donde hay una sala de lectura.

En otros cuentos para niños se muestra igualmente una realidad que comparten muchas bibliotecas: "Al final de un largo pasillo, descubrió en un recoveco una puerta con el letrero "Biblioteca".

-¡Qué chuli! Ahora podré coger otros libros para leer -pensó.

En la puerta no había nada que indicara el horario de la biblioteca, lo cual le extrañó mucho, y estaba a punto de irse cuando la curiosidad la detuvo. Decidió mirar por el cerrojo para ver cómo era por dentro. (...)

Lo primero que le llamó la atención fue el olor a cerrado de la habitación. Inmediatamente entendió por qué nadie le había comentado nada de la biblioteca. Se encontraba en un estado lamentable, con libros y cajas desparramadas por todas partes" (Appel).

En otros casos, la falta de presupuesto repercute en la formación del fondo de la biblioteca, incurriendo en prácticas no demasiado legales: "Nosotros también tenemos uno en la biblioteca. Grabamos las películas y otros programas de televisión y luego ponemos las cintas a disposición del público" (Bor-sani).

Esta precariedad contrasta con las dotaciones de otras bibliotecas, que incluyen aire acondicionado entre sus instalaciones:

"La bibliotecaria oyó el ruido de una furgoneta aparcando y se asomó corriendo a la ventana.

-¡El aire acondicionado! -gritó-. ¡Por fin esta biblioteca dejará de parecer una sauna durante el verano!" (Gómez Cerdá).

Si bien en los cuentos para niños la biblioteca no es objeto de largas y detalladas descripciones, en los libros juveniles los escritores se permiten algunas referencias más intelectuales sobre la biblioteca. En *Yo, Robinson Sánchez, habiendo naufragado* (Canstino), la biblioteca es uno de los espacios centrales más importantes de la historia. Es descrita como el lugar donde el protagonista acoge con alivio un espacio que

le salvará de la mediocridad. Es un sitio, sin embargo, vetado, con un candado aparentemente cerrado, cuyo acceso sólo frecuentan tres compañeros de clase, una especie de "club" de jóvenes rebeldes. Una biblioteca que no es usada, cuyo fondo se nutre de libros antiguos, empolvada, húmeda, grande, oscura e inaccesible. Cada libro lleva un sello de una calavera sobre un libro con el lema: *Ars longa vita brevis*. La biblioteca representa aquí un espacio tradicional, donde los libros se conservan y protegen del uso aleatorio. Tan respetable es la biblioteca en este texto que se describe con mayúscula. Es uno de los pocos textos en que se reflexiona sobre la biblioteca: "En penumbra y con un halo vetusto y de abandono mis ojos pudieron ver una amplísima Biblioteca de la que no había oído hablar jamás y que, al parecer, nadie utilizaba.

Me acerqué a uno de los portillos entornados y lo abrí para tener más luz. Toda la habitación estaba fuertemente combatida por la humedad, las paredes abofadas y algunas marcas oscuras rezumaban en los techos. Esto parecía haber provocado algunos estragos, ya que las butacas que se hallaban bajo los ventanales estaban completamente apulgaradas.

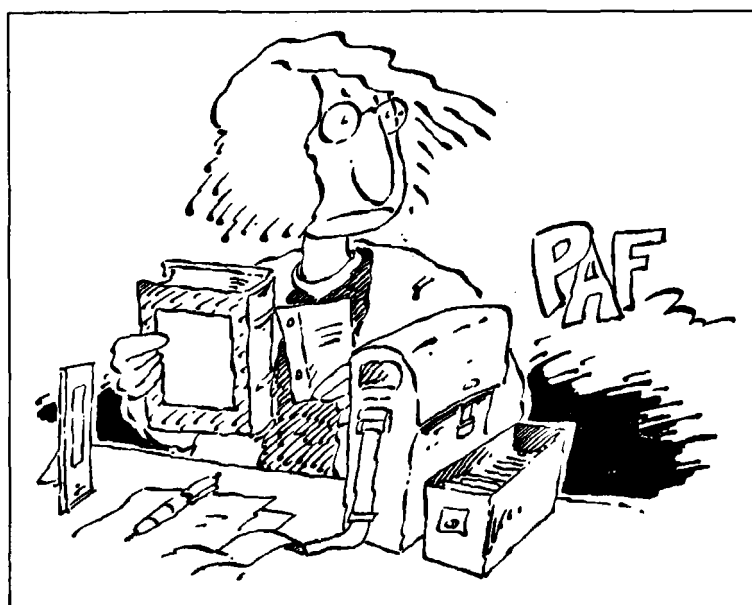
La habitación era espaciosa y oscura, pues los ventanales esmerilados dejaban entrar sólo una luz turbia y mortecina. Unos majestuosos estantes recubrían las

paredes hasta el techo, cerrados por puertas con cristales en tiempos transparentes y ahora en su mayoría empolvados y grasientos. Algunos de estos cristales estaban rotos y la humedad había hecho presa en los libros.

Todo el mueble estaba corrido por una cornisa torneada, en la que se sucedían, a intervalos y en relieve, asombrosas figuras mitológicas. En la parte inferior alternaban cajones y puertas, algunas desvencijadas, con relieves que mostraban las alegorías más diversas. En cuanto a los libros, eran en su mayoría ediciones antiguas, encuadernadas sobriamente, con poca variedad de colores, lo que proporcionaba un aspecto uniforme a todos los anaqueles.

Completaba el mobiliario una serie de mesas independientes, repartidas por la habitación, cada una de ellas con un quinqué sujeto al centro y de los cuales sólo uno comprobé que estaba enchufado y lograba funcionar."

Sus usuarios han establecido una especie de "orden" y van extrayendo, del fondo general, aquellos libros que les parecen más interesantes, para clasificarlos aparte, para dejarlos más a mano, en una estantería previamente seleccionada: "-Lo más interesante va estando en aquel estante"



XAN LÓPEZ DOMÍNGUEZ

(...)

-Sí, que lo voy poniendo yo allí. Todo lo que leo interesante lo coloco en el estante de la esquina. Bueno, lo que leo yo y algún otro.

-Así desordenarás la Biblioteca -medio le recriminé con ingenuidad.

-¿Cómo que desordeno? -dijo en un tono menos amigable y como ofendido-. ¡Al contrario! Establezco una jerarquía, diferencio lo importante de lo que no lo es, lo bueno de lo malo, lo que vale de lo que no vale, ¿entiendes? Además, por si no lo sabes, hago lo que quiero, para eso soy el Bibliotecario."

Aquí la biblioteca es, sobre todo, un lugar de escapatoria, un espacio secreto donde los jóvenes se inician en el mundo del saber: "La Biblioteca era sin duda el pan y la sal de nuestra Organización y de ella sacaba yo mi cotidiano alimento. Una tarde decidí averiguar de qué trataban los libros empolvados que se mantenían más lejos de nuestro alcance en el último de los estantes. Era una ristra de libros grises, sin ningún atractivo exterior. Subido sobre una silla tomé uno de ellos y, al hacerlo, dejé caer sobre mis ojos una oleada de polvo".

El que la biblioteca pertenezca a "unos zafios. Gente que no sabe apreciar lo que hay en sus páginas" ha sido debido a una especulación, a la venta que perpetraron los herederos del cultivado P. Zúñiga, poco interesado en conservar su colección de libros cuando éste ingresa en una residencia para ancianos. Los muchachos descubren al antiguo propietario y se proponen devolverle a escondidas lo que sentimentalmente le pertenece. Cada día sacan unos cuantos libros que le van llevando, pero la inesperada muerte del señor Zúñiga les desbarata los planes y el azar les salva de ser descubiertos: "Se han roto las tuberías -dijo Enrique-. Probablemente llevan siglos sin cambiar. El agua ha caído sobre los muebles sin interrupción. Mirad qué desastre. La mayoría de los libros están empapados y los estantes parecen haber soportado un diluvio."

El fin de la biblioteca será su destrucción. Muerte de su antiguo propietario, deterioro irreparable de los libros por el agua, traslado de la familia del protagonista a otra ciudad.

La biblioteca como elemento secundario *Visitas, pocas y cortitas*

Del mundo anglosajón en su mayoría provienen los textos en los que la biblioteca se ha incluido

como un elemento más dentro de la trama. No es una alusión gratuita ni caprichosa, la biblioteca, o los bibliotecarios, desempeñan una función premeditada por el escritor o escritora. También los escritores españoles gustan de incluir pasajes o escenas en bibliotecas. En los últimos años, en España los propios escritores han vivido en su propia piel otras bibliotecas, más dinámicas, activas y modernas. La biblioteca es un lugar donde los protagonistas acuden para buscar algún dato o donde encuentran algo que no esperaban. En todos los textos se presupone que el lector tiene su propia idea de la biblioteca, que está familiarizado con ella, por lo que no hay cabida a las descripciones ni a los detalles. Tanto es así,

que el lector incluso supone que los protagonistas están en la biblioteca porque se ha mencionado expresamente, como en *El ladrón de palabras* (Fuente Arjona), donde los protagonistas buscan a un monstruo que padece el vicio de comer palabras, y su último destino es la biblioteca. La biblioteca es "un lugar del colegio donde hay libros" y, por lo tanto, "la biblioteca es el sitio del colegio donde hay más palabras..."

Es, no obstante, un lugar poco frecuentado por los niños, como lo reconoce uno de ellos:

"Me parece que no venimos mucho por la biblioteca del colegio, los libros están llenos de polvo". A juzgar por la actitud de los protagonistas, seguirá siendo un lugar cuyos libros acumulan polvo.

En la mayoría de las ocasiones la biblioteca es un lugar de consulta donde se acude voluntariamente con la intención de documentarse. Incluso los protagonistas más pequeños lo hacen. El oso perdido que el niño pequeño encuentra en la gran ciudad le enseña cómo es el lugar donde él vive. El niño le muestra los rincones más frondosos de la ciudad, pero le sugiere: "¡Probemos en la biblioteca! ¡Aquí se pueden encontrar muchas cosas!". El niño no parece tener más de cinco años y, sin embargo, conoce la biblioteca: "miramos un montón de libros. El oso ve una ilustración que se parece a su casa. Buscamos el sitio en el mapa y salimos corriendo" (McPhail).

En *El fantasma de la escuela* (Townson), la biblioteca es igualmente un lugar de consulta, del que



DAVID MCPHAIL

poco se dice: "Sam había consultado en la biblioteca un libro titulado: *¡Haga desaparecer a su espectro!* En él se decía que podías librarte de cualquier fantasma usando una campana, un libro, unas velas y unas cuantas palabras escogidas".

También la biblioteca es lugar de consulta para Max, el inquieto estudiante que, junto a Gustav y Leopold, pretenden dar con la fórmula para volar (Keks): "A la muerte del profesor Ganswindt muchos de sus valiosos manuscritos terminaron sirviendo para hacer cucuruchos en las fruterías y tiendas de comestibles. Por eso, mientras Gustav y Leopold intentaban recomponer los planos de la máquina voladora, Max removi6 la biblioteca de la universidad en busca de antecedentes históricos del vuelo humano, que les podrían ser de utilidad".

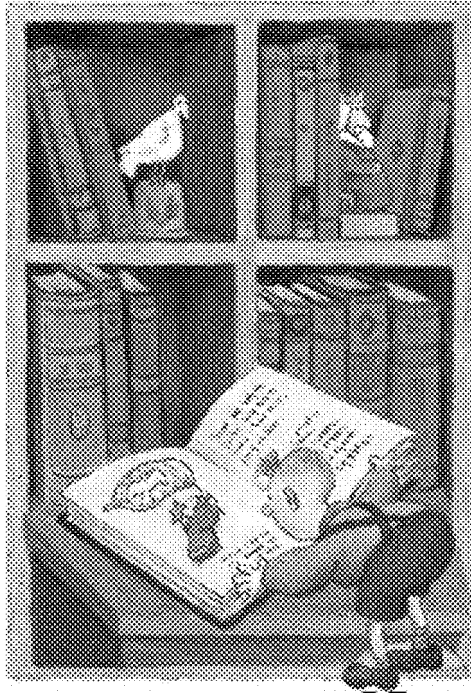
En otras ocasiones, la biblioteca es un referente al que los protagonistas acuden una y otra vez. Es un lugar cálido, un refugio donde van cuando buscan tranquilidad. Cuando Leigh Botts (Cleary) escribe sus cartas al señor Henshaw, escritor al que admira, le pregunta: "¿Escribe usted libros para niños porque ya ha leído todos los de la biblioteca, o porque escribir le gusta más que

cortar el césped o quitar la nieve?" Leigh es un niño que ha conocido la biblioteca desde pequeño: "Me sentí un poco más animado cuando mi madre me dijo que estaba cansada de la vida

de la carretera. A lo mejor yo no tenía toda la culpa. Me acordaba también de que mi madre y yo estábamos mucho solos y de que yo odiaba vivir en aquella casa ambulante. Los únicos sitios a los que íbamos alguna vez era a la lavandería y a la biblioteca."

Sin embargo, la biblioteca no se define en ningún momento, Leigh no ha sido creado por la autora para hacer un alegato de la biblioteca y, como cualquier chico, lo integra en su discurso naturalmente, sin artificios, sin darle mayor importancia.

Otro tanto ocurre con Gabriel, el protagonista del cuento fantástico *El guardián del olvido* (Gisbert), que encuentra en la biblioteca la pista para resolver el misterio: "En los días siguientes, Analisa tampoco acudió a la escuela. Gabriel empezaba a preocuparse cuando, una tarde, en la biblioteca, encontró el pequeño espejo que tantas veces había visto en las manos de la chica. Estaba al



FERNANDO KRAHN

PUBLICIDAD

fondo de un anaquel, tapado por los libros fantásticos favoritos de Gabriel." El espejo ha sido dejado allí a propósito, pues es un lugar al que el muchacho acude regularmente.

A veces la biblioteca es una buena alternativa al aburrimiento, como le ocurre a Harvey, un chico discapacitado que vive en un hogar adoptivo. La biblioteca está situada arriba de una cuesta y, por esa razón, no es un sitio demasiado recomendable para un muchacho como él. Sin embargo va a la biblioteca: "Nada más llegar, Harvey se colocó en una mesa apartada para hojear viejos números del New York Times Magazine. Su amiga repasó todas las revistas de modas que pudo encontrar y luego se acercó al mostrador del bibliotecario.

-¿Tienes revistas de cine?

-No.

-¿Y comics?

-No".

A pesar de tener poco fondo, la biblioteca cuenta con un servicio de fotocopias.

La biblioteca, incluso, es una imagen tan aceptada y tan cotidiana que en algún caso es objeto de críticas por su labor intelectual y social entre sus usuarios. En el divertido libro *Ojos saltones* (Fine), la madre prohíbe a la protagonista ir a la biblioteca, que la considera un lugar donde se recomiendan pautas de comportamiento que ocasionan más trastornos que utilidades: "Encontré a mamá registrando la despesa.

-Kitty, ¿podrías ir a cogerme unas patatas?

-¿No puedes esperar hasta que vuelva?

Mamá levantó la vista.

-¿A dónde vas?

-A la biblioteca

Mamá frunció el ceño porque ha cogido manía a las bibliotecas. Lleva semanas enteras con esa manía, lo que nos ha complicado mucho la vida tanto a mí como a Jude. Antes le gustaban un montón. Como todos, tenía esa visión color de rosa en la que las bibliotecas son depósitos frescos y silenciosos de sabiduría limpiamente ordenada: templos del saber, joyas culturales, cúspides de la civilización y cosas por el estilo. Si le decía que me iba a la biblioteca, me sonreía y sentía un cosquilleo por dentro. Era fácil saber lo que estaba pensando: por muy mal que lo hubiera hecho como madre no

debía de inquietarse demasiado, ya que por lo menos aún seguíamos yendo a la biblioteca.

Y entonces las cosas empezaron a torcerse. Primero, un día apareció Jude insistiendo en que a Floss le hacían falta cuatro inyecciones distintas para que pudiera seguir respirando sin problemas durante el invierno. Dos semanas después, llegó una factura de quince libras del veterinario.

-¿Y de dónde has sacado eso de las inyecciones? -le preguntó entonces mamá bastante irritada.

-Había un cartel que lo ponía en la pared de la biblioteca -contestó Jude, toda inocencia.

Y ese fue el principio del lento pero firme desencanto de mamá. Hasta estuvo a punto de dirigirse a la biblioteca marcando el paso para quejarse.

Luego, dos o tres semanas después, llegué yo a casa destrozada porque había estado de pie durante media hora, incapaz de despegar los ojos de un video terrible que echaban en sesión continua en el salón de actos sobre las tácticas de la policía surafricana. Esta vez, mamá llamó por teléfono al director de la biblioteca. Luego Jude estuvo dos semanas con pesadillas cuando quitaron el cartel viejo antivivisección de los ratones encerrados en una jaula y pusieron en su lugar uno mucho más fuerte y desgarrador en el que se veía bien claro a un gato que era clavado a nuestra Floss.

Así que soplaban vientos de tormenta. Pero cómo iba yo a saber que esa misma mañana Jude había cometido el grave error de decirle a nuestros muy susceptibles vecinos que deberían quitarle las pulgas a su perro mucho más a menudo (por cortesía de la Hoja Informativa Bibliotecaria n° 4), justo cuando mamá acababa de volver de hacer las paces

con ellos".

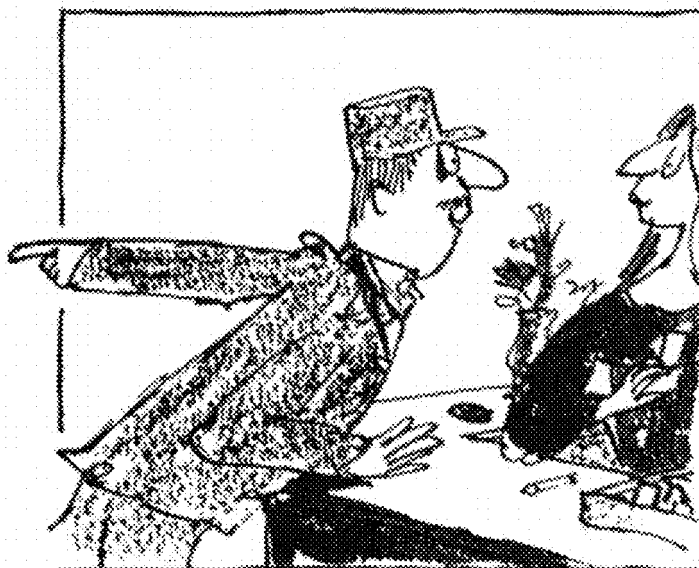
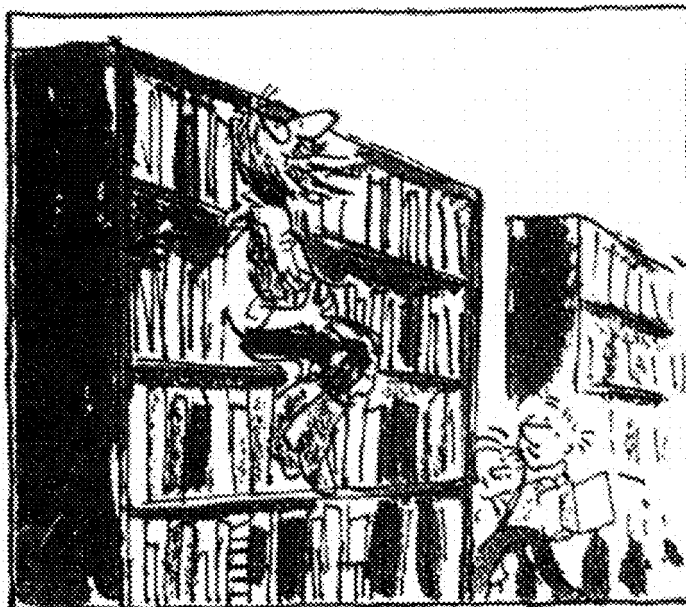
En esta biblioteca no sólo se encuentran libros sino también otros soportes culturales: "-¿Para qué vas a la biblioteca? -me preguntó toda recelosa y rechinando los dientes.

-Quiero coger una cosa.

-¿Un libro?

-No.

-¿Y entonces qué?



QUENTIN BLAKE

No respondí a eso por la sencilla razón de que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en mi contra.

—¿Un juego de ordenador? ¿Es eso?

Me habían pillado con las manos en la masa y asentí.

—¡Ya está bien! —chilló—. ¡Ya está bien! ¡Finito! Desde ahora en adelante, esa biblioteca de las narices es territorio prohibido. ¡Prohibido!

Yo levanté los ojos al cielo. Ojos Saltones soltó una carcajada. Mamá se encaró directamente con él.

—¡Para ti es muy fácil reírte! —le dijo—. ¡Seguro que tú nunca tuviste este problema cuando tus hijos eran pequeños!

Me quedé boquiabierto. No sabía que tuviese hijos mayores."

La biblioteca ideal, sin embargo, es percibida por la madre no como un lugar interesante. Ella sigue anclada en un concepto tradicional de biblioteca: "—Has tenido suerte —dijo mamá con un suspiro—. Tus hijos se han criado en los buenos tiempos de antaño, ¡cuando las bibliotecas aún eran bibliotecas! Seguro que iban a pasar una media hora tranquila eligiendo libros de verdad. Y luego volvían a casa y tú tendrías por lo menos un par de horas de paz mientras ellos se quedaban sentaditos leyéndoselos de cabo a rabo.

Siempre entre sonrisas, Ojos Saltones asintió. Sí, decía con su expresión. Así eran las cosas en los buenos tiempos de antaño.

—Bueno, pues ahora han cambiado las cosas —dijo mamá con brusquedad—. Vuelven a casa en menos de diez minutos y bajo el brazo llevan uno de esos juegos idiotas de ordenador que no paran de hacer bip-bip, y lo único que oyes durante horas es: ¿No crees que deberíamos jugar sobre seguro y alistarnos en la división de infantería blindada, mamá?, o ¿Puedo apuntarme a clases de serbocroata en la universidad a distancia, mamá?, o ¿Qué es la cocaína, mamá?

Y mamá se echó hacia delante y me chascó los dedos delante de las narices.

—Vale, ¡pues ya está bien! —repitió—. Se acabó la fiesta. Hablando como madre y como contribuyente, tengo el deber de proclamar que las bibliotecas constituyen ahora un problema mucho mayor que los que ayudan a resolver. Así que ya te puedes ir arriba a poner los pocos libros destrozados que tienes en orden alfabético."

Esta visión moderna de las bibliotecas que madre e hija no comparten, ofrece novedades respecto a las tradicionales:

"—La biblioteca ya no guarda los libros por orden alfabético —le dije.

—¿Qué, cómo? —me dijo con voz ahogada—. ¿Es que se ha desplomado el cielo sobre nuestras cabezas? Dime, Gerald, ¿he oído bien lo que acaba de decir mi hija?

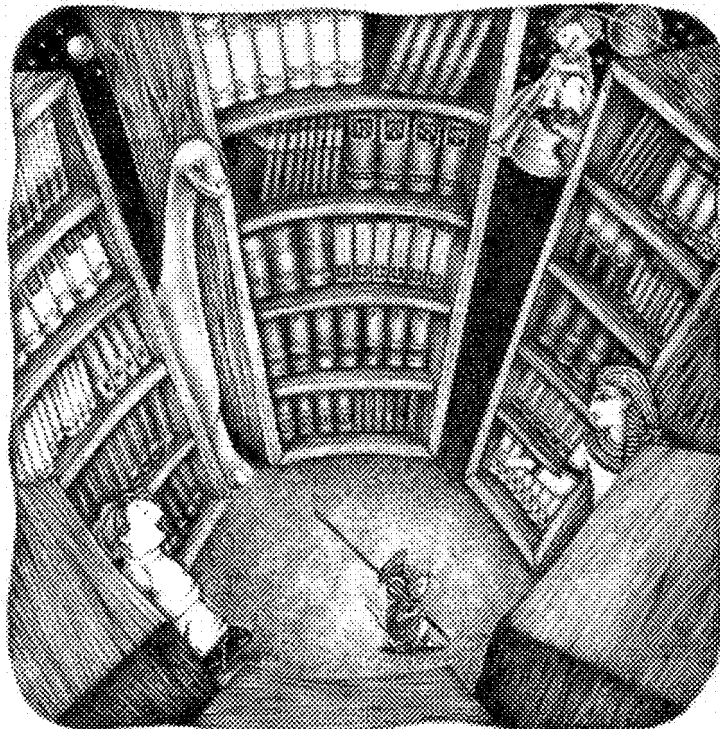
—Es verdad —dije antes de que él pudiera aportar su granito de arena—. Ahora la sección juvenil está clasificada por puntos. Puntos rojos para adolescentes, azules para la segunda etapa de primaria, rosas para la primera y verde para los de guardería.

—¡Estás de guasa! ¡De guasa! ¿Puntos?

—Bueno..., pegatinas redonditas, ya que estamos.

Mamá se llevó las manos a la cabeza.

—Pegatinas redonditas —gimió—. Gerald, ya ha ocurrido. Los bárbaros han tomado el poder —y levantó la cabeza—. ¿Pero a qué esperan? —exigió saber de repente—. ¿Qué los detiene? ¿Por qué no cogen ya de una vez, arrancan las estanterías y tiran los libros en cuatro grandes pilas: ¡Aburridos, Así así, Guya y Chachi piruli!



MARTA AVILÉS

Ojos Saltones no podía contener las carcajadas y mamá se encaró con él:

—No, de verdad —insistió—. Estoy hablando en serio. ¿Para qué seguir fingiendo? ¿Qué más da que nosotros, el público británico, tuviéramos antes un sistema de bibliotecas que era la envidia del mundo entero?

Era como una actriz en un estreno importante. El pobre Ojos Saltones se tenía que enjugar las lágrimas que le caían por las mejillas de tanto reírse. Yo volví a levantar los ojos al cielo.

Y entonces mamá extendió la mano en un gesto dramático.

—Dame tu carné de la biblioteca. Venga. Suéltalo.

Negué con la cabeza y

di un salto hacia atrás.

—Venga —dijo—. Suéltalo. A partir de ahora, queda confiscado.

—Ah, no; de eso nada —dije, como si estuviéramos en una pantomima.

—Ah, sí.

—Ah, no.

Siempre con la mesa entre ambas, me dirigí rápida y con cautela hacia la puerta trasera. De repente, mamá hizo como si fuera a echar a correr detrás de mí y, con un gran esfuerzo, Gerald Faulkner logró dominar sus risas lo bastante para cogerla en brazos y retenerla mientras yo atravesaba la puerta sana y salva.

—¡Adiós! —les grité, al tiempo que salía disparada por el sendero del jardín."

La biblioteca, de vez en cuando *Entre col y col, lechuga*

A veces la biblioteca, sin llegar a ocupar un espacio destacado dentro de la acción, si tiene un lugar en una reflexión, un pensamiento, una lejana meditación que denota una actitud hacia la misma, una carencia, o un recuerdo. En todos los casos son referencias que los pro-

tagonistas hacen una vez a lo largo de la historia para situar sus pensamientos en un contexto, para comparar una situación con otra, para informar. A veces es la protagonista que recuerda cómo su profesora les acompaña a la biblioteca:

"Suele venir siempre con nosotros a la biblioteca del cole, porque nos tiene que enseñar a toda costa sus libros preferidos. Y nos dice que leamos lo más rápido posible, para que también les toque el turno a los otros" (Haucke).

El joven Julien (Smadja) percibe también la biblioteca como un espacio impuesto, alejado de sus intereses: "Llegó a la calle Renard y de golpe apareció ante él la gran masa tubular del Centro Pompidou: 'la refinaria de los intelectuales'", decía su padre. Julien se acordó que de pequeño su padre lo llevaba a menudo a la biblioteca y allí se aburría en medio de este religioso silencio de los libros, del andar quedo, de los murmullos inaudibles."

Pero no todos son recuerdos negativos. Park es un chico que indaga el paradero de su padre y, en una referencia a su madre, la califica como usuaria de bibliotecas: "Su madre leía mucho, pero nunca la había visto coger aquel libro de la estantería de la sala. De hecho, los únicos libros que leía, además de los muchos que sacaba en la biblioteca, eran los que tenía en una pequeña estantería en su dormitorio" (Patterson).

En otros libros, la biblioteca es una referencia cultural, como en el caso del cuento número ocho de la selección de Miquel Obiols (Obiols, 1987) en el que se hace referencia a una escuela de puercos: "Era, según pudimos comprobar, una especie de escuela donde se enseñaba a emitir correctamente Gruñidos y Chillidos a todos los cochinos, puercos, marranos y lechones. También los adiestraban en el arte de bañarse y perfumarse con jugo de brezo. Muy pocos eran los cerdos que aprendían a leer y escribir y, en general, todos eran muy incultos y toscos. En realidad no les interesaba demasiado, ni la historia de su país, ni nada de lo que estuviera relacionado con la cultura porcina. Por eso no conseguimos encontrar ni una biblioteca, ni una librería..."

En esta misma selección, en el cuento número once, la comparación que de la biblioteca se hace connota un lugar de desorden: "La primera media hora pasó sin conflictos. La mesa del comedor, llena de libros y de mapas, parecía la de una biblioteca."

En dos libros de información, la biblioteca es citada como el último punto donde el libro acudirá una vez terminado. "En la biblioteca, los libros están distribuidos según los temas, para que nos resulte más fácil escoger lo que preferimos leer" (Lapointe). También es un lugar donde algunos no pueden soportar el ruido (Spies).

Las otras bibliotecas Más vale algo que nada...

No queríamos dejar de referirnos a esos otros espacios con libros que representarían la concepción

más elemental de biblioteca. El concepto de biblioteca para niños puede abarcar desde unos cuantos libros ordenados en una estantería en clase, hasta la pequeña selección que tienen en su habitación. Biblioteca en la acepción de colección de libros sin determinar cantidad ni disposición concreta. En los



FRANCISCO MELÉNDEZ

últimos años, en España, el concepto de biblioteca escolar y biblioteca de aula han ampliado la visión tradicional, en ocasiones demasiado limitada, de biblioteca. Es por eso que haremos mención a esas colecciones de libros que, sin pretensiones de bibliotecas públicas, cumplen una función por cuanto acercan los libros y la cultura a sus usuarios. Hablamos de las bibliotecas privadas, tanto de adultos como de niños y de espacios donde el libro está presente. En esta parte del análisis haremos referencia exclusivamente a los textos y dejaremos las ilustraciones para el capítulo dedicado a las mismas.(1)

Entre los "espacios domésticos" con libros, se encuentran las inclusiones que la poeta chilena María de la Luz Uribe hace en dos de sus libros dedicados a los objetos del hogar, concretamente al salón y al cuarto. En el primero habla del estante:

Había un estante
repleto de libros
y algunos objetos
creyéndose listos.

"Soy de porcelana",
dijo una paloma,
"fina y delicada,
y nadie me toca".

(1) Este trabajo consta de una segunda parte dedicada a los ilustradores que por motivos de espacio publicaremos en otro número de la revista a lo largo del año 1997.

"Y yo de cristal",
dijo un reyecito,
"por eso al limpiarme
me tratan con mimo".

"Yo soy de papel",
dijo un grueso libro,
"pero el que me abre
se queda conmigo".

Cuando se refiere al cuarto, habla, sin embargo, de la repisa:

Esta era una repisa
que siempre tenía risa.
Tenía muchos amigos
entre juguetes y libros.

Cuando no estaba jugando
cuentos estaba escuchando.
Los libros le susurraban
historias nuevas y extrañas.

Si alguien un libro sacaba
se reía a carcajadas,
porque ella ya conocía
el cuento que leerían.

Yo leo mucho y sin prisa
por ver si escucho su risa.
Pero nadie escuchó nunca
la risa de la repisa.

Igualmente domésticas son las bibliotecas que presenta el escritor alemán Erich Kästner en sus cuentos. Son textos cuyo original data de los años treinta, pero que se han traducido en España en los años ochenta. Es un escritor que siempre hace referencias a los libros. En *El 35 de mayo* (Kästner, 1987b), la biblioteca es llamada "el armario de libros", y está situada en la habitación donde los protagonistas hacen sus juegos de mesa, en tranquila competencia con la lectura.

En los cuentos que tienen lugar en tiempos antiguos, la referencia a la biblioteca es únicamente de particulares. Véase, por ejemplo, en *El paquete parlante* (Durrell), cuando los protagonistas, dos niños y un loro, llegan

al Palacio de Dreja, residencia de Camemberto, duque de Comadreja. en busca de datos sobre una planta medicinal. La biblioteca sólo será accesible para el loro: "¡Qué humor ni qué narices! -dijo Loro con malos modos-. Oye, Camemberto, comadreja mocosa, menguada y majadera, atiende: la ruda es una planta. Si las comadreas la coméis, os hace valerosas y os capacita para atacar a los basiliscos. Es un hechizo que encontramos en el Gran Libro de los Hechizos. Ahora, lo que yo quiero saber es si hay alguna alusión a ello en vuestra absurda Historia de la Comadreja.

-¡Qué curioso! -dijo Camemberto-. ¡Qué curioso! ¿Tomar ruda para hacernos valerosos? Por supuesto, ya comprenderás que no nos hace falta nada semejante. Naturalmente que no. Somos valientes como leones, las comadreas: pacíficas, naturalmente, pero cuando se nos irrita, ¡ja! ¡Caray, entonces sálvese el que pueda!

-Lo difícil es irritaros -señaló Loro-. Bueno, mira, Camemberto, deja ya de echarte cuento, sé bueno. Hale, vamos a consultar tu Historia. La tendrás en la biblioteca ¿no?

-Sí, claro, claro -dijo Camemberto-. Pero..., pasa una cosa.

-¿Qué? -preguntó Loro.

Camemberto se inclinó hacia él y le dijo a la oreja, pero sin bajar la voz:

-No puedo decirles que pasen, a esos..., a esas cosas; son demasiado grandes..., me romperán los muebles..., asustarán a la pobre Clementina.

-Vale, vale, -dijo Loro-. Los niños pueden ir a la parte de atrás, tumbarse en el césped y mirar por la ventana de la biblioteca.

-Bueno, pero díles que se tumben con mucho cuidado- dijo Camemberto-; es mi campo de croquet.

Mientras Loro seguía a Camemberto y Clementina hacia el interior de la casa, los niños rodearon la casa y se tumbaron en el césped del campo de croquet. Por las ventanas abiertas se veía una gran biblioteca con las paredes forradas de madera de roble y llenas de libros desde el suelo hasta el techo.

Al poco rato entraron en ella Camemberto y Loro.

-Bueno -dijo Camemberto-, la Historia está en esta parte, en los estantes diez, once y doce. Tenemos mucha historia, las comadreas; no como algunos seres a los que no voy a nombrar, y que, hablando con propiedad, tienen tan poca que lo mismo podrían no haber existido nunca.

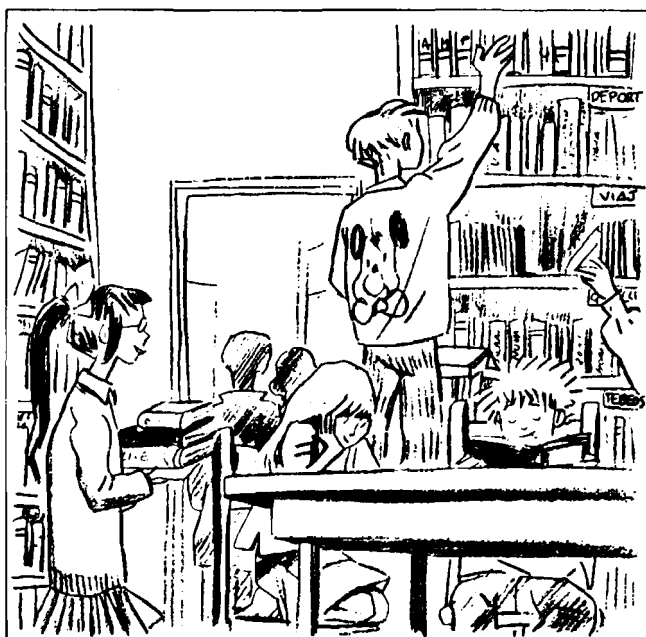
-Manos a la obra -dijo Loro-. ¿Tiene índice analítico?

-Sí -respondió Camemberto, cogiendo un grueso volumen de color pardo-. Aquí está.

Sacó un par de quevedos del bolsillo, se los puso mientras abría el libro, y empezó a pasar las páginas."

La biblioteca como reducto del saber, puerta

a la sabiduría y el pensamiento, se presenta en *La hija del mago* (Barber), donde un padre concentrado en la búsqueda de la eterna juventud, dedica poco tiempo a su hija. Ella siempre le ve rodeado de libros



LAURA SCARPA

y le pide algunos para leer: "La muchacha bajó a todo correr las escaleras de la torre y vio con alegría que el suelo de su alcoba estaba cubierto de montones de libros. Iban encuadernados en pieles de vivos colores, tenían los cantos dorados y estaban llenos de fantásticas ilustraciones". La biblioteca es aquí un símbolo de perdición, una puerta que llevará a la separación a padre e hija: "el mago advirtió que había cometido un error, porque al darle los libros le había dado el saber."

Taziz es un chico pobre que se ha quedado huérfano y vive en el monte, alejado de la civilización. A pesar de vivir austeramente, tiene todas sus necesidades cubiertas: comida, bebida y una pequeña casa. Una de sus aficiones favoritas es leer. Y su biblioteca consta de nueve libros: "nueve libros, su mayor tesoro". Decidido a renovar su exigua biblioteca, baja a la ciudad a buscar nuevos libros. Allí encuentra una versión medieval de lo que podría ser un biblio-bus: "Se detuvo frente al carretón. Jamás hubiera pensado que pudiera haber tal cantidad de libros juntos. No se atrevió a tocarlos, aunque los dedos le picaban de las ganas que tenía. Leyó los títulos. Todos parecían muy interesantes, y las portadas eran preciosas, con letras doradas y alguna que otra imagen. Poco importaba que fueran viejos. ¿Acaso un libro viejo no denota sabiduría? Cuantas más manos han tocado sus páginas, más ha cumplido su misión. Los contempló con respeto y devoción. Eran libros muy usados, muy leídos".

También las librerías y los libreros tienen el rol de intermediarios entre el libro y el lector. Véase esta escena que hubiera podido suceder en una biblioteca recién inaugurada:

"¿Qué pasa? -gritó el señor Escarbille, que estaba ocupado diciéndole a Clotario que no jugara con la cosa que da vueltas, esa donde se ponen los libros para que las gentes los escojan y los compren.

-Le estoy explicando una historia que he leído -le dije al señor Escarbille.

-¿La tiene usted? -preguntó Godofredo.

-¿Qué historia? -dijo el señor Escarbille, que se había peinado con los dedos.

-Es un cow-boy -dije- que llega a una mina abandonada. Y en la mina hay unos tíos que lo esperan, y...

-¡La he leído! -gritó Eudes-. Y los tíos empiezan a tirar: ¡bang! ¡bang! ¡bang!

-...¡Bang! Y después el sheriff dice: ¡Hola, extranjero! -dije yo-. Por aquí no nos gustan los curiosos...

-Sí -dijo Eudes-, y entonces el cow-boy saca su pistola, y ¡bang! ¡bang! ¡bang!

-¡Ya basta! -dijo el señor Escarbille.

-A mí me gusta más mi historia del aviador -dijo Godofredo- ¡Brummm! ¡baummm!

(...)

-¡Niños!...-gritó el señor Escarbille.

Y después oímos un ruido enorme, y toda la cosa con los libros cayó al suelo.

-¡Casi no la toqué! -gritó Clotario, que se había puesto colorado.

El señor Escarbille no parecía nada contento" (Sempé/Gosciny).

A falta de bibliotecarios, el librero suple la búsqueda de información:

"Su profesor no sabía tampoco qué clase de hoja era, pero dijo:

-Llévasela al viejo señor Brow, el librero de libros antiguos. Ha leído tantos libros que tal vez lo sepa. Además, tiene una colección de plantas raras.

Así que Gus llevó la espinosa hoja azul al viejo señor Brown, que la miró a través de sus gafas y luego con una lupa. Luego dijo:

-Muchacho, tienes un tesoro. Lo que tienes es una hoja del Arbol de la Memoria" (Aikern).

Los usuarios de las bibliotecas *Candil sin mecha, ¿qué aprovecha?*

¿Qué sería de una biblioteca sin sus usuarios? ¿De qué serviría su empeño en modernizarse, sus completas y variadas colecciones, su orden? ¿Cuál es el perfil de los usuarios que aparecen en nuestra selección? ¿Consiguen su objetivo después de visitarlas? ¿Cuál es su

relación con las bibliotecas? Considerando aquellos que, dentro de nuestros textos, hacen uso de una biblioteca real, encontramos variados personajes. La mayoría son personas para las que la biblioteca ocupa un lugar importante. Conocen su funcionamiento, sus normas, lo que pueden obtener. Es difícil que, después de visitarla, no encuentren aquello que buscan.

El pequeño de *¡Perdidos!* (McPhail) sabe que en la



ALICIA SANCHO

biblioteca "se pueden encontrar muchas cosas" y, aunque entra en una biblioteca de corte clásico, con mesas de patas torneadas, salas barrocamente decoradas y elegantes pinturas, la escena donde los dos revisan un montón de libros presupone que el niño no ha tenido ningún problema para encontrar la selección adecuada. En un mapa del mundo encuentran el lugar exacto de donde proviene el oso y adonde se encaminan rápidamente. La biblioteca les ayuda a que el oso pueda regresar.

También en *El fantasma de la escuela* (Townson), la biblioteca es utilizada para buscar un remedio, pero no es un niño quien la utiliza, sino el viejo Sam, vigilante de la escuela que no está dispuesto a perder su cómodo puesto de trabajo. La solución la encontrará en un libro.

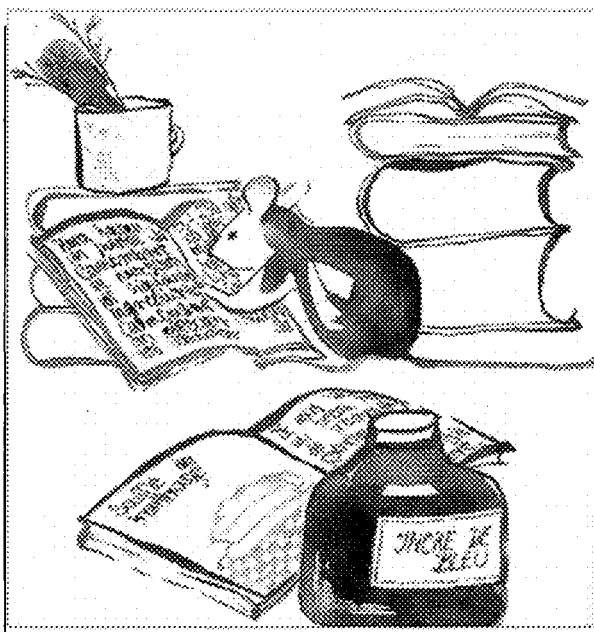
En el caso de Harvey (Byars), el niño discapacitado, su motivación para ir a la biblioteca es la búsqueda

de un dato que le conducirá hasta su madre. Tanto él, como la chica que le acompaña, están en hogares adoptivos, con problemas familiares graves y

con una apatía general hacia lo que les rodea. Mientras el chico está obsesionado por su historia: un padre que le ha atropellado y roto las dos piernas y una madre que les abandonó, la chica tiene una actitud más despreocupada. No son, desde luego, asiduos a las bibliotecas, pero están familiarizados con ellas. Mientras él está concentrado revisando periódico por periódico, ella mariposea de libro en libro, buscando revistas de contenido insulso y libros "rosas" de los que lee apenas unas páginas. El encuentra lo

que está buscando: "-Yo me quedo hasta que encuentre un artículo -contestó él, pasando la página con decisión.

-¿De qué se trata?



PUBLICIDAD

-Si quieres saberlo, te diré que es sobre mi madre
-¿Qué ha hecho para que la saquen en los periódicos?

-Pues se fue a vivir a una granja en Virginia con una gente. Iban a empezar una nueva forma de vida. El artículo trata sobre eso. Yo quiero saber dónde está exactamente esa granja."

Niños silenciosos, retraídos y tímidos, son también buenos usuarios de las bibliotecas. Ese es el caso de Park, un niño obsesionado por la figura ausente de su padre, muerto en Vietnam. Inicia solo sus pesquisas para saber más de él. Como usuario de la biblioteca, comienza buscando en los libros. En la biblioteca familiar encuentra la primera pista. Su madre también frecuenta las bibliotecas: "Su madre leía mucho, pero nunca la había visto coger aquel libro de la estantería de la sala. De hecho, los únicos libros que leía, además de los muchos que sacaba de la biblioteca, eran los que tenía en una pequeña estantería en su dormitorio."

Siguiendo con este perfil de niño tímido, encontramos a Leigh, joven aspirante a escritor que se cartea con su escritor favorito. El pasa mucho tiempo entre los libros de la biblioteca escolar buscando información: "Mi madre me dijo que tenía que invitar a Barry a casa a cenar porque yo he ido muchas veces a su casa después del colegio. Habíamos estado tratando de fabricar una alarma contra robos para su habitación. Finalmente conseguimos hacerla funcionar con la ayuda de un libro de la biblioteca." (Cleary)

Su vida gira en torno a la preocupación de que su madre se separara de su padre, camionero de profesión, harta de la vida de nómadas que llevaban y la tranquilidad -culpabilizadora- que le proporciona tener casa estable y amigos permanentes. En la biblioteca pasará los momentos más agradables de la vida escolar y, aunque en su fuero interno su situación familiar le seguirá intranquilizando, un premio de literatura y el reconocimiento de sus aptitudes artísticas le permitirán afrontar la vida con más valor.

Y, sin llegar a ser un niño conflictivo, sino más bien introvertido, el protagonista de *El enigma del maestro Joaquín* (Heuck) es un joven adolescente que, obsesionado por la búsqueda de información de un cuadro, se embarca en una investigación en la que la biblioteca será el primer punto de partida. En *Me gustan las bibliotecas* (Santirso) la imagen final presenta una sala de lectura con niños. Hay niños negros y asiáticos, y el texto indica que "los niños leen cada uno en su idioma". Son niños que se

desenvuelven sin problemas con los ficheros y en las estanterías. También hay una niña en silla de ruedas leyendo.

Pero no vayamos a pensar que todos los usuarios son tan "normales" como los presentados hasta ahora. En alguna ocasión los usuarios han ido para comerse los libros, como en *Ratas de biblioteca*, cuyos clientes han pasado de ser paletos incultos a ratas que, al comerse los libros, se convierten en materia de biblioteca al poder repetir lo que se han comido. Esta biblioteca tiene mucho éxito y capta nuevos usuarios, claro que más que lectores, se les habría de llamar "oidores".

Ratas y arañas son los animales favoritos que a los escritores les gusta situar en las bibliotecas, suponemos que inspirados por el famoso lema "ratón de biblioteca", porque todos los ratones que aparecen son intelectuales: "Shakespeare se quedó muy pensativo. Muy pocas veces había salido de aquella habitación. Había heredado de sus padres, que también habían sido ratones de biblioteca, un carácter muy apacible y una afición muy grande por los libros. Se sentía muy bien oliendo y mordisqueando las blancas hojas y enterándose de tantísimas cosas que había que saber" (Balzola).

A veces los ratones pueden comunicar sus inquietudes a los niños: "-¡Lo mismo opino yo! -interrumpió el ratón con un pequeño chillido-. Fue gracias a los libros que mi vida cambió. La mujer que los colocaba en los estantes a veces dejaba algunos por el suelo, y así empecé a interesarme por aquellas curiosas

cosas de las cuales había oído tanto, pero que jamás había visto de cerca. Más que nada para entretenerme decidí aprender a leer" (Appel).

Bandidos descarados pueden llegar a la biblioteca, pero esto es solamente si la bibliotecaria ha hecho un trabajo de "animación" previo. Este es el caso de los clientes de Ernestina Laburnum (Mahy). Ella es usuaria de la biblioteca, cuando va a buscar un libro para curar el sarampión a sus secuestradores y, posteriormente, para entretenerles durante la convalecencia. Este ejercicio ha causado tanta impresión que el jefe de la banda se hace socio de la biblioteca con la intención de llevar nuevas lecturas a sus intelectu-
lizados bandidos. Estos, a su vez, serán convertidos en bibliotecarios, cerrando así el círculo perfecto que vendría a confirmar el sabio refrán, "más vale tarde que nunca". También, fruto de la animación, es el usuario permanente de *El monstruo y la bibliotecaria*



MARIA LUISA TORCIDA

(Gómez Cerdá). Un monstruo entra en la biblioteca por el frescor del aire acondicionado, y seducido por las artes contadoras de la bibliotecaria, se queda allí: "El monstruo se había afincado en la biblioteca. Le había tomado cariño a aquel lugar. Sentía verdadero placer trepando por las estanterías en busca de libros y más libros, que leía sin cesar."

Y respecto a las arañas, éstas representan el abandono de algunas bibliotecas: "Hubo un tiempo en que las arañas campeaban a sus anchas entre los libros, pero poco a poco la biblioteca se había ido convirtiendo en un lugar más limpio, que cada vez visitaban más los muchachos, y ellas habían tenido que retirarse al desván." (Borsani).

Temerosas de construir sus telarañas en los libros que van a ser solicitados, consultan a la Araña Sabia los gustos de los usuarios: "Ante todo -comenzó la Araña Sabia- no debes nunca apoyarte en los libros más bonitos. Deja a un lado *Alicia en el país de las maravillas*, *Pinocho*, *El secreto del viejo bosque*, *El principito*, *El mago de Oz*, *Cuentos por teléfono*, *El Hobbit*... Estos se prestan muy a menudo. De cualquier modo, si no te acuerdas de los títulos, puedes reconocer los mejores libros incluso por el olor: tienen el aroma que sale de la corteza de los albaricoqueros de la huerta de Murcia poco antes de que estalle una tormenta... Pero también hay malos libros que se prestan muy a menudo. Estos libros también los reconocerás por el olor: huelen a sudor, porque quien los hojea no los lee con la cabeza, sino con los pies".

Las bibliotecarias y los bibliotecarios Nave sin timón, pronta perdición

Y si una biblioteca no es nada sin sus usuarios, ¿lo sería también sin los bibliotecarios? A juzgar por los textos analizados, se podría decir que sí, que no siempre biblioteca va relacionada con bibliotecario o bibliotecaria. Pero a fin de cuentas es un personaje que el autor puede utilizar para darle un rol más creativo que el ambiental en sus historias. Tal vez la mayoritaria ausencia del bibliotecario tenga algo que ver con esta reflexión de un escritor de libros para niños en uno de sus cuentos: "Hay personas que ven a las bibliotecarias como seres gruñones y antipáticos. Si a una de estas personas le preguntásemos: ¿Cómo te imaginas a una bibliotecaria? Seguro que nos respondería algo así: Me la imagino vieja, huraña, fea, amargada..."

Y mejor no invitar a ninguna de estas personas a que dibuje a una bibliotecaria. Si lo hacen, seguro que la sacan, sencillamente, espantosa.

¿Qué habrán hecho las bibliotecarias? Seguro que los que así ven a

las bibliotecarias, en su vida han puesto los pies en una biblioteca" (Gómez Cerdá).

De este interesante comentario podemos extraer los dos ejes principales de este capítulo: el primero es ese plural femenino que denota tan claramente la supremacía de la mujer en esta profesión, y el segundo, la indefinición de su imagen, pues a juzgar por sus retratos, excesivamente estereotipados, se supone que los escritores que han incluido bibliotecarias en sus historias "han puesto los pies en una biblioteca".

La bibliotecaria, más que una imagen, tiene varias, desde la figura maternal-caríñosa, hasta la pintoresca. Desde una visión realista, la bibliotecaria es una mujer preocupada por sus lectores, atenta a sus lecturas, discreta, y con una gran influencia sobre los protagonistas que la consideran una persona muy respetada. Las escasas veces en que se dice su edad es para confirmar que se trata de una chica joven, como si los escritores aceptaran ese discreto

pacto de no hablar de la edad de las personas maduras. La bibliotecaria es la mejor intermediaria entre el lector y el libro y, en estos casos, no se especifica si la propia bibliotecaria es amante de la lectura o, simplemente, una buena profesional. En el ámbito de lo fantástico, la bibliotecaria disfruta leyendo, haciendo "animaciones" entre sus lectores y participando de las extravagancias que le pide la historia. Es un personaje extraño, poco descrito, dejado de la mano de la ilustración, que toma algunos tópicos, como veremos, y deja otros, llegando, en algunos casos, a un gran contraste entre lo que el escritor o escritora cuentan y lo que el lector ve retratado.

En los casos de bibliotecarias "maduras", el lector no puede hacerse una imagen concreta de esa mujer de la cual se habla; por su discreción, com-

prensión y apoyo al protagonista, el lector imagina que, en sus años mozos, tal vez era igual de retraída e igual de entusiasta de la lectura y amante de su profesión. Lo que ha quedado de ello en su madurez es la tranquilidad de las personas en las que se puede confiar y el afecto que es capaz de brindar a



SHULA GOLDMANN

los siempre despistados protagonistas, afecto que ellos mismos reconocen cuando la describen: "Hoy la bibliotecaria del colegio me paró en la entrada para decirme que tenía algo para mí y que fuese a la biblioteca. Allí me entregó su nuevo libro y me dijo que podía ser el primero en leerlo. Debí de parecer sorprendido. Me dijo que sabía cuánto me gustaban sus libros puesto que los saco con tanta frecuencia. Ahora sé que el señor Fridley no es la única persona que se fija en mí" (Cleary).

En esta historia, por ejemplo, la bibliotecaria participa vivamente en las actividades del colegio, en concreto en un concurso de escritura al que también se presenta el protagonista. La bibliotecaria, no sólo se limita a cumplir su horario, sino que, como otras muchas bibliotecarias, pone a disposición su tiempo libre y se interesa verdaderamente por lo que hacen los chicos: "Ayer la señorita Neely, la bibliotecaria, me preguntó si había escrito algo para el Anuario de los Escritores Jóvenes, pues todos los escritos tenían que ser entregados el día siguiente. Cuando le dije que no, me dijo que todavía me quedaban veinticuatro horas y que por qué no me ponía a ello. Y lo hice, pues realmente me apetecía conocer a algún escritor famoso."

(...)

"La señorita Neely nos llevó en su propio coche al Holiday Inn, donde otras bibliotecarias y sus ganadores estaban esperando en el vestíbulo. Luego llegó Angela Badger con su marido el señor Badger, y nos llevaron a todos al comedor, que estaba muy lleno de gente. Una de las bibliotecarias, que era una especie de bibliotecaria jefe, dijo a los ganadores que se sentasen a una mesa larga en la que había un cartel que decía Reservado".

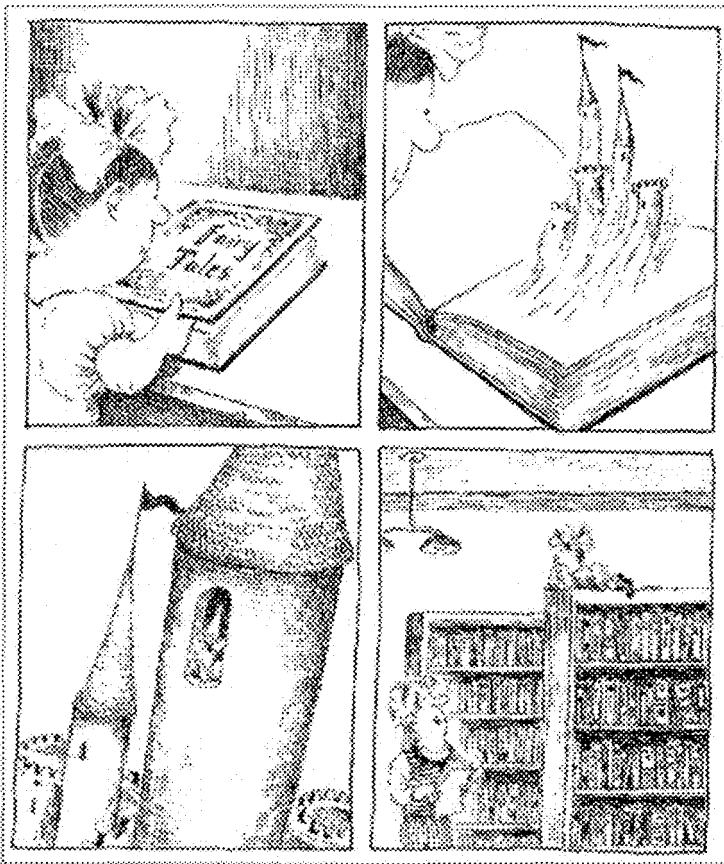
A veces, la falta de descripciones se suple por el "señorita" o "señora" que puede dar una idea aproximada de cómo es la persona, aunque su retrato se centra más en sus hechos que en su aspecto físico: "Los libros te dicen cosas de las personas que los leen. Naturalmente. La señora Winslow, la bibliotecaria del colegio, lo llamaba de vez en cuando y le decía: 'Me parece que tengo un libro que te gustará', y casi siempre tenía razón. Nunca presumía de ello; sin embargo, sabía lo que le gustaba y lo que no le gustaba a él. Park odiaba los libros de máquinas y ordenadores. Incluso en la escuela primaria, odiaba los dinosaurios y le encantaban los dragones. (...)

No, la señora Winslow le daba dragones y castillos y todas las historias del rey Arturo que encontraba. Tampoco criticaba los gustos de cada uno.

Mientras le daba a Sheila Clark un libro estúpido llamado *Conoce al señor Átomo* con la mano izquierda, le daba a él *La espada y el círculo* con la derecha. Pero el caso es que la señora Winslow sabía cómo eras por los libros que leías. Si leía los libros de su padre, ¿no llegaría a conocerlo tan bien como la señora Winslow lo conocía a él?" (Paterson).

¿No es este el retrato que toda bibliotecaria desearía? Las bibliotecarias definidas con el "señora" parecen tener una serenidad y una experiencia de la que

hacen gala, sobre todo, en los momentos difíciles. Como cuando se encuentran a un usuario excepcional. Véase el extraordinario rol que juega la bibliotecaria de un pequeño pueblo a la hora de orientar las especiales demandas de Matilda, una niña de cuatro años, en el cuento que lleva el mismo nombre (Dahl): "La tarde del día en que su padre se negó a comprarle un libro, Matilda salió sola y se dirigió a la biblioteca pública del pueblo. Al llegar, se presentó a la bibliotecaria, la señora Phelps. Le preguntó si podía sentarse un rato y leer un libro. La señora Phelps, algo sorprendida por la llegada de una niña



FERNANDO KRAHN

tan pequeña sin que la acompañara ninguna persona mayor, le dio la bienvenida.

—¿Dónde están los libros infantiles, por favor? —preguntó Matilda.

—Están allí, en las baldas más bajas —dijo la señora Phelps—.

¿Quieres que te ayude a buscar uno bonito con muchos dibujos?

—No, gracias —dijo Matilda—. Creo que podré arreglármelas sola.

A partir de entonces, todas las tardes, en cuanto su madre se iba al bingo, Matilda se dirigía a la biblioteca. El trayecto le llevaba sólo diez minutos y le quedaban dos hermosas horas, sentada tranquilamente en un rincón acogedor, devorando libro tras libro. Cuando hubo leído todos los libros infantiles que había allí, comenzó a buscar alguna otra cosa".

Esta bibliotecaria, no sólo introduce a su nueva lectora en la biblioteca, sino que la observa, se ha aprendido su nombre y está dispuesta a darle un trato especial: "La señora Phelps, que la había observado fascinada durante las dos últimas semanas, se levantó de su mesa y se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarte, Matilda? —preguntó.

—No sé qué leer ahora —dijo Matilda—. Ya he leído todos los libros para niños.

—Querrás decir que has contemplado los dibujos ¿no?

—Sí, pero también los he leído.

La señora Phelps bajó la vista hacia Matilda desde su altura y Matilda le devolvió la mirada.

—Algunos me han parecido muy malos —dijo Matilda— pero otros eran bonitos. El que más me ha gustado ha sido El jardín secreto. Es un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro.

La señora Phelps estaba estupefacta.

—¿Cuántos años tienes, exactamente, Matilda? —le preguntó.

—Cuatro años y tres meses.

La señora Phelps se sintió más estupefacta que nunca, pero tuvo la amabilidad de no demostrarlo.

—¿Qué clase de libro te gustaría leer ahora? —preguntó.

—Me gustaría uno bueno de verdad, de los que leen las personas mayores. Uno famoso. No sé ningún título.

La señora Phelps ojeó las baldas, tomándose su tiempo. No sabía muy bien qué escoger. ¿Cómo iba a escoger un libro famoso para adultos para una niña de cuatro años? Su primera idea fue darle alguna novela de amor de las que suelen leer las chicas de quince años, pero, por alguna razón, pasó de largo por aquella estantería.

—Prueba con éste —dijo finalmente—. Es muy famoso y muy bueno. Si te resulta muy largo, dímelo y buscaré algo más corto y un poco menos complicado.

—Grandes esperanzas —leyó Matilda—. Por Charles Dickens. Me gustaría probar.

—Debo estar loca —se dijo a sí misma la señora Phelps, pero a Matilda le dijo:

—Claro que puedes probar.

Durante las tardes que siguieron, la señora Phelps apenas quitó ojo a la niñita sentada hora tras hora en el sillón del fondo de la sala, con el libro en el regazo."

Como no siempre se tienen lectores tan entusiastas y agradecidos, la señora Phelps sabe ya que Matilda es su protegida, ella le está abriendo puertas

que, de otra manera, nadie le abriría. La complicidad que se establece entre ellas, hace que la señora Phelps la proteja con su silencio:

"Durante los seis meses siguientes y, bajo la atenta y compasiva mirada de la señora Phelps, Matilda leyó los siguientes libros:

(...)

Era una lista impresionante y, para entonces, la señora Phelps estaba maravillada y excitada, pero probablemente hizo bien en no mostrar su entusiasmo. Cualquiera que hubiera sido testigo de los logros de aquella niña se hubiera sentido tentado de armar un escándalo y contarlo en el pueblo, pero no la señora Phelps. Se ocupaba sólo de sus asuntos y hacía tiempo que había descubierto que rara vez valía la pena preocuparse por los hijos de otras personas."

Las relaciones que las bibliotecarias establecen con sus lectores les permiten indagar en sus intereses y preguntar cuando hay algo que no encaja con lo que cono-

cen: Claro que no siempre encuentran una respuesta: "Justo al día siguiente fui a la biblioteca. Cuando dije a la bibliotecaria lo que quería, me miró sorprendida. Estaba acostumbrada a que yo le pidiera otro tipo de libros. Por ejemplo, algo de Erich Fromm, de Castañeda, de Tolkien o de Umberto Eco. Pero nunca le había pedido libros sobre leyendas de santos.

No me preocupó en absoluto lo que pensara. Cogió un libro de la estantería y me lo entregó. Su título era La leyenda áurea de Jacobus von Voragine.

—¿Para qué lo necesitas? —me preguntó curiosa.

Me encogí de hombros y no contesté" (Heuck).

Si, en general, las bibliotecarias pasan el "examen" de su imagen, resultando especialmente favorecidas, también hay casos en los que es descrita como una persona más bien seria, poco dada a salirse de sus normas. Aquí también estamos ante una "señora", pero a la que le falta experiencia y tranquilidad de las mujeres que están a punto de jubilarse. Este tipo de mujeres pertenece al grupo que, sin estar mal dentro de su profesión, sienten la decepción del usuario desagrado, de la lucha contra la administración, de la minusvaloración. Es una mujer con una cierta rigidez que no está dispuesta a que en su biblioteca se pueda perder el control: "La señora Amelia era una mujer que parecía muy seria y que nunca veía cuando la gente la estaba mirando. Además hablaba bajito como si estuviera en el interior de una iglesia. Y lo hacía así para no molestar a los que estaban leyendo o estudiando en las mesas de la biblioteca" (González Suárez).

En esta ocasión, además de ser una persona distante, no parece que acierte bien con las peticiones "creativas" que le hacen. La protagonista busca una idea para escribir un cuento y la señora Amelia le dice, muy segura: "Siéntate en esa mesa, Aitana, que yo te llevaré un libro lleno de muchas ideas". La lleva el libro *Historia de las Ideas Estéticas* que no es en absoluto parecido a lo que busca la niña, pero ésta no se atreve a devolverlo: "Si le devuelvo los libros a la señora Amelia a lo mejor se enfada porque no los he mirado bastante tiempo".

Este retrato de persona que custodia los libros —como se puede observar en la dependencia que tiene el usuario de la bibliotecaria, que no permite que los libros sean elegidos directamente— atemoriza incluso a la niña: "Aitana suspiró profundamente, cerró de un golpe el segundo tomo que tenía abierto encima de la mesa y miró a la señora Amelia con



QUENTIN BLAKE

miedo por si se enfadaba por el ruido que acababa de hacer. Oyó la voz de la señora Amelia que le decía: "Aitana, ¿ya has terminado con tus libros?".

Frente a esta bibliotecaria adusta y metódica, aparecen también las bibliotecarias que, más interesadas en atraer lectores, son capaces de convertirse en "animadoras", dispuestas a hacer de su trabajo un espacio de diversión. Aquí entraríamos en el segundo tipo de bibliotecarias retratadas: más bien jóvenes, menos interesadas en los procesos de catalogación y selección y más preocupadas por captar nuevos lectores. Es un tipo de bibliotecaria muy de los últimos tiempos, en los que se ha tratado de presentar una profesional abierta y cercana para el usuario: "En la calle Perros y Gatos, en el barrio de los Peces, en la barriada de los Cuadrúpedos (siempre dicho sin ánimo de ofender) saben de qué pasta está hecha la señora Juana. Ha probado de todo para atraer a los niños a la biblioteca. Juegos, bromas, pantomimas, saltos mortales (sólo una vez, pues se rompió una pierna y no lo ha vuelto a intentar)... Pero al final se ha salido con la suya, y si los muchachos de esa zona son un poco más despiertos que otros, el mérito es también suyo." (Lavatelli).

No todas las bibliotecarias tienen igual éxito con sus imaginativas actividades. Asunción, la bibliotecaria de *Ratas de biblioteca* (Cano) "una chica joven, emprendedora y con gafitas", lo ha probado todo: cursillos de cocina rápida para amas de casa, papiroflexia para niños, libros en la piscina, carteles para anunciar novedades... nada parece funcionar. La razón: "los muchachos del pueblo dejaron de acudir en cuanto supieron que Asunción tenía novio formal; los niños que cada tarde habían acudido en masa para hacer los deberes escolares dejaron de ir cuando Asunción comenzó a sugerirles que se lavaran las manos antes de dejarles las enciclopedias."

También las bibliotecarias tienen amores, son personas de carne y hueso. Aunque no siempre sean amores muy convencionales, las bibliotecarias de este último grupo tienen sus experiencias. La biblioteca de la señora Luisa huele a verbena, "porque la señora Luisa, la bibliotecaria, que tenía los cabellos castaños y los ojos muy verdes, usaba un perfume de flor de verbena que se mezclaba con los otros olores de la biblioteca" (Piumini).

De una mujer tan "romántica" se enamoran hasta los libros, amor que descubren sus más fieles lectoras cuando leen al mismo tiempo un libro que despierta diferentes sentimientos en una y en otra: "Nosotras lo entendíamos todo mal -dijo Julia-. Yo creía que la señora Luisa estaba alegre porque el libro era alegre, y tú creías que estaba triste porque el libro era triste. Sin embargo era al revés."

(...)-¿Tú crees que habrá otros libros enamorados de la señora Luisa?
-preguntó Julia en voz muy baja.

(...)
-¿Sabes, Julia? Tal vez todos los libros de la biblioteca están más o menos enamorados de la señora Luisa. Sólo la ven a ella. Pero nadie se da cuenta, porque no hay nadie que lea en pareja como nosotras dos."

¿Es este el panorama amoroso que les queda a las

bibliotecarias? Por si esto fuera poco, también se da el caso contrario, cuando la señorita Clara, "una mujer muy simpática" (Borsani), está enamorada de los libros: "Ella habría querido casarse con un libro, pero ni el párroco ni el juez consentían, aceptaban celebrar el matrimonio".

Cuando le hablan de las virtudes de los jovencitos, ella responde: "Sí, pero los chicos estupendos no se pueden leer". También las bibliotecarias se enamoran de monstruos... siempre y cuando sean buenos lectores, aunque en este caso el amor comience con la amistad: "-Sí, soy un príncipe joven y apuesto, un príncipe que recobraré su aspecto si una joven... -el monstruo titubeó, pero continuó-. Si una joven... joven... como... como tú, es capaz de... es capaz de... de... besarme.

-¿Quéééé...?

-Si me besas, me convertiré por arte de magia en el príncipe

que fui, me casaré contigo, seremos felices y comeremos perdices.

El monstruo y la bibliotecaria estaban muy cerca, emocionados, mirándose sin pestañear.

Por eso la bibliotecaria sólo tuvo que levantar un poco la cabeza para que sus labios alcanzasen a los del monstruo" (Gómez Cerdá).

Una bibliotecaria muy notable es, entonces, aquella que, además de conocer su profesión al dedillo, le gusta la lectura y, encima, tiene un cierto grado de belleza. Esta es, por supuesto, Ernestina Laburnum, mujer en la que confluyen todas las virtudes del buen hacer bibliotecario. Ernestina es una mujer que no se amedenta ante su inminente secuestro, y utiliza sus conocimientos bibliotecarios para socorrer a



PUBLICIDAD

los bandidos que la han secuestrado, víctimas del saramplón: "Para que se distraigan, voy a leerles algún libro". Su "animación" surte tanto efecto que los bandidos están tentados incluso de secuestrar el libro. a lo que ella se niega argumentando: "Este libro lo utiliza mucha gente en la biblioteca -dijo la joven-. Pero, por supuesto, siempre pueden ir a la biblioteca y consultarlo cuando quieran."

El Bandido-Jefe decide hacerse socio de la biblioteca porque sus bandidos se muestran desconsolados después de haber entrado en el mundo de la lectura. El Bandido-Jefe, además, tiene otras intenciones: "Si me hago socio, a lo mejor puedo llevarme en préstamo también a usted -dijo el Bandido-Jefe con la audacia propia de los buenos ladrones.

La señorita Laburnum se puso colorada y cambió rápidamente de tema."

Un terremoto, con el consiguiente destrozo en la biblioteca y una bibliotecaria aplastada por los libros: "Aplastada por la literatura -pensó la señorita Laburnum-. La muerte ideal para una bibliotecaria," provocan en el Bandido-Jefe un acto altruista, salvarla, para seguidamente pedirle la

mano. Ella acepta y les corresponde con una oferta de "reciclaje" profesional: "Todos vosotros dejaréis de robar y cometer fechorías y os convertiréis en bibliotecarios. No fuisteis muy buenos como bandidos, pero creo que como bibliotecarios podréis ser excelentes."

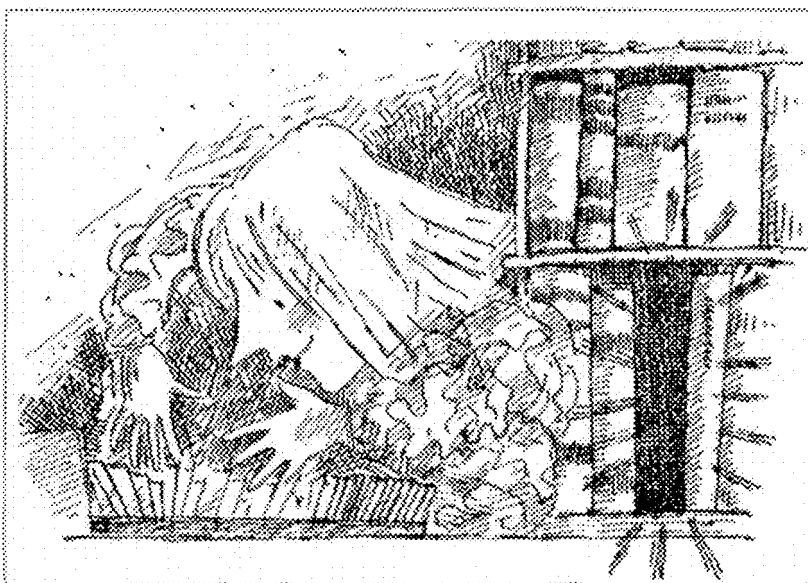
Tan fácil parece convertirse en bibliotecario...

El género masculino no tiene prácticamente ningún retrato. A lo sumo, en una novela juvenil, el único bibliotecario retratado es uno de los protagonistas: "Entonces apareció un muchacho alto y singular, que estaba en mi misma clase y con el que había cruzado algunas palabras en los primeros días. Se llamaba Enrique y poseía un aire tan especial que era fácil distinguirlo entre todos. Siempre llevaba un cascabelito atado al cinturón, con el que llamaba la atención a su paso. Me alegró ver su cara conocida y me sentí más tranquilo cuando se dirigió a mí con cordialidad, aunque con afectación" (...)

"Enrique era quien más me había impresionado desde que hablara con él en la biblioteca. Era un muchacho desgarbado, hijo de un ayudante de forense, pálido siempre, como si se le hubiese pegado ese color del trato que su padre tenía con los muertos. Sus ojos eran tristes y melancólicos y de todos nosotros era el que siempre sugería interpretaciones más descabelladas a cuantos asuntos proponíamos" (Cansino).

Esta ausencia de bibliotecarios nos puede llevar a la ligera conclusión de que el mundo de los niños y la lectura está dominado por las mujeres.

* Ana Garralón es especialista en literatura infantil y juvenil.



GIULIA ORECCHIA

BIBLIOGRAFÍA:

AIKEN, Joan: *El cuento de la calle de una sola dirección y otras historias*. Madrid: Alfaguara, 1988.- 120 p.

Ilustraciones de Jan Pienkowski.

AMERY, Heather: *Antes y ahora*. Madrid: Anaya, 1986.- 16 p.

Ilustraciones de Peter Firmín.

ANNO, Mitsumasa: *Diez niños se cambian de casa*. Barcelona: Juventud, 1991.- 52 p.

Ilustraciones del autor.

APPEL, Miranda: *Ratón de Biblioteca*. Madrid: Montena, 1988.- 62 p.

Ilustraciones de Victoria Peragón.

BALZOLA, Asun: *Guillermo, ratón de biblioteca*. Madrid: Susaeta, 1991.- 26 p.

BARBER, Antonia: *La hija del mago*. Barcelona: Lumen, 1992.- 36 p.

Ilustraciones de Errol le Cain.

BORSANI, Ambrosio: *Duelo en la biblioteca*. Madrid: Montena, 1987.- 64 p.

Ilustraciones de Laura Scarpa.

BYARS, Betsy: *Bolas locas*. Madrid: Noguer, 1986.- 124 p.

Ilustraciones de Javier Lobato.

CANO, Carles: *Cuentos roídos*. Madrid: Anaya, 1994.- 57 p.

Ilustraciones de Pablo Echevarría.

CANSINO, Eliacer: *Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado*. Barcelona: Toray, 1992.- 159 p.

CLEARY, Beverly: *Querido Señor Henshaw*. Madrid: Espasa Calpe, 1986.- 139 p.

Ilustraciones de Helena Rosa-Trias.

DAHL, Roald: *Matilda*. Madrid: Alfaguara, 1989.- 232 p.

Ilustraciones de Quentin Blake

DURRELL, Gerald: *El paquete parlante*. Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara/Salvat, 1987.- 230 p.

Ilustraciones de Alicia Sancha.

FINE, Anne: *Ojos saltones*. Madrid: Alfaguara, 1995.- 166 p.

FUENTE ARJONA, Antonio de la: *El ladrón de palabras*. Madrid: Nueve Bajo Cero, 1992.- 58 p.

Ilustraciones de Yolanda Madrazo Murias.

GISBERT, Juan Manuel: *El guardián del olvido*. Madrid: SM, 1990.- 46 p.

Ilustraciones de Alfonso Ruano.

GÓMEZ CERDÁ, Alfredo: *El monstruo y la bibliotecaria*. Barcelona: Noguer, 1991.- 62 p.

Ilustraciones de Maria Luisa Torcida.

GONZÁLEZ SUÁREZ, Eduardo: *Un trasgo risueño en la biblioteca*. Madrid: Montena, 1988.- 58 p.

Ilustraciones de Xan López Domínguez.

HAUCKE, Ursula: *Me puse bizca y papá se picó*. Madrid: Alfaguara 1988.- 144 p.

Ilustraciones de Franziska Becker.

HEUCK, Sigrid: *El enigma del maestro Joaquín*. Madrid: SM, 1991.- 158 p.

MALDONADO, Concepción (dir.): *Imaginario. Diccionario en imágenes para niños*. Madrid: SM, 1992.- 95 p.

Ilustraciones de Gusti.

KÄSTNER, Erich: *El hombre pequeñito*. Madrid: Alfaguara, 1987a.- 206 p.

Ilustraciones de Horst Lemke.

KÄSTNER, Erich: *El 35 de mayo o Konrad cabalga por el Océano Pacífico*. Madrid: Alfaguara, 1987b.- 120 p.

Ilustraciones de Horst Lemke.

KÄSTNER, Erich: *El hombre pequeñito y la pequeña miss*. Madrid: Alfaguara, 1988.- 198 p.

Ilustraciones de Horst Lemke.

KEKS, Oskar: *Leopold, la conquista del aire*. Barcelona: Aura Comunicación, 1991.- 76 p.

Ilustraciones de Francisco Meléndez.

KRAHN, Fernando: *Amanda's Fantasie* (Inédito).

LAPOINTE, Claude: *El libro del libro*. Madrid: Altea, 1989.- 76 p.

Ilustraciones del autor.

LAVATELLI, Ana: *¿Quién ha incendiado la biblioteca?* Madrid: Montena, 1987.- 63 p.

Ilustraciones de Giuseppe Donghi.

MAHY, Margaret: *El secuestro de la bibliotecaria*. Madrid: Altea, 1983.- 47 p.

Ilustraciones de Quentin Blake.

MCPHAIL, David: *¡Perdidos!* Madrid: Espasa Calpe,

1991.- 36 p.

Ilustraciones del autor.

OBIOLS, Miquel: *El misterio de Buster Keaton*. Madrid: Espasa Calpe, 1987.- 150 p.

Ilustraciones de Carme Solé

OBIOLS, Miquel: *No mires aquel iris*. Barcelona: Aura Comunicación, 1991.- 32 p.

Ilustraciones de Carme Solé Vendrell.

OPS: *Bestiario*. Madrid: Alfaguara, 1989.- 116 p.

PATERSON, Katherine: *La búsqueda de Park*. Madrid: Espasa Calpe, 1989.- 202 p.

Ilustraciones de Shula Goldman

PIUMINI, Roberto: *Un amor de libro*. Madrid: Montena, 1987.- 64 p.

Ilustraciones de Giulia Orecchia.

SANTIRSO, Lilliana: *Me gustan las bibliotecas*. Amatepecán, México: Celta, 1992.- 24 p.

Ilustraciones de Marta Avilés. (Existe una edición argentina: Buenos Aires: Libros del Quirquincho, 1993)

SEMPÉ/GOSCINNY: *Los amiguetes del pequeño Nicolás*. Madrid: Alfaguara, 1988.- 120 p.

Ilustraciones de Sempé.

SIERRA I FABRA, Jordi: *El hombre que perdió su imagen*. Madrid: Anaya, 1992.- 124 p.

Ilustraciones de Alicia Cañas.

SMADJA, Emilie: *El engaño*. Barcelona: La Galera, 1991.- 74 p.

SPIER, Peter: *Gente*. Barcelona: Lumen, 1987.- 44 p.

Ilustraciones del autor.

THOMSON, Pat: *El calcetín de los tesoros*. Madrid: Espasa Calpe, 1988.- 36 p.

Ilustraciones de Tony Ross.

TOWNSON, Hazel: *El fantasma de la escuela*. Barcelona: Edebé, 1991.- 66 p.

Ilustraciones de Tony Ross.

URIBE, María de la Luz: *Las cosas de tu cuarto*. Madrid: Espasa Calpe, 1991.- 36 p.

Ilustraciones de Fernando Krahn.

URIBE, María de la Luz: *Las cosas del salón*. Madrid: Espasa Calpe, 1990.- 36 p.

Ilustraciones de Fernando Krahn.

